

comunicar Dios a los sacerdotes, y por eso desde este año de 1740 le vemos muy solícito en reunir tandas de eclesiásticos que se recojan a este santo retiro. No se negaba ciertamente a dar Ejercicios a comunidades religiosas, y en Braga, por ejemplo, recibieron este beneficio las monjas de San Salvador, de los Remedios, de la Concepción y de la Peña; pero en cuanto buena mente podía, dejaba el P. Calatayud esta faena a sus compañeros, y él se reservaba el ejercitar a los sacerdotes.

Fué magnífico el éxito que obtuvo con el clero de Braga. Oigamos cómo lo refiere el P. Rodeles. «Seiscientos eclesiásticos, entre canónigos, párrocos, abades y simples sacerdotes y ordenandos y no pocos religiosos, se reunían en nuestra iglesia del colegio de Braga, a las horas señaladas para hacer los Ejercicios. Estos principiaron el día de la Ascensión por la tarde (1743). Meditado ya el fin del hombre en este mundo, la gravedad del pecado, por el que se aparta la criatura del camino señalado por el Criador, pensados los terribles castigos, efectos del pecado, que a tantos millones han precipitado a los infiernos, donde serán infelices por toda una eternidad, se hallaban los ejercitantes conmovidos y deseosos de tomar, por la penitencia voluntaria, castigo de los cuerpos, cómplices en el pecado, dando al Señor ofendido justa satisfacción y a los fieles reparación del mal ejemplo. Entre ocho y nueve de la noche del día tercero empezó a recorrer las calles de Braga la procesión, compuesta de eclesiásticos, caminando casi todos descalzos, con cadenas, cruces, disciplinas y otros instrumentos de penitencia, en completo silencio, interrumpido solamente por los cánticos sagrados, capaces de mover a corazones de piedra» (1). En Torremoscoso, en Castro-Vicente, en Chaves y en otras poblaciones de Portugal se repitió lo hecho en Braga y en pos de la misión al pueblo se daban ocho días de Ejercicios al clero. En Chaves los hicieron 346 eclesiásticos, en Villa Real llegaron a 484.

Cada vez más cebado en este utilísimo ministerio, aprovechaba el P. Calatayud cuantas ocasiones se le ofrecían para ejercitar en el espíritu a los eclesiásticos. Algunas de sus expediciones fueron encaminadas principalmente a este objeto. Tal fué la excursión que hizo a la diócesis de Calahorra a fines de 1749 y en los primeros meses de 1750. Apenas obtuvo la apro-

(1) Rodeles, p. 278.

bación del señor Obispo, D. Diego de Rojas y Contreras, dirigió sus pasos a Logroño, donde, empezando el 4 de Diciembre de 1749; dió dos tandas de Ejercicios. A la primera asistieron 447 sacerdotes; a la segunda, 160. De Logroño pasó a Calahorra, donde, por Enero de 1750, predicó los Ejercicios en la catedral a 550 eclesiásticos. Más numerosa fué la tanda que dió por Febrero en Nájera, pues llegaron los sacerdotes ejercitantes a 679, y a todas excedió la que predicó en Abril en Santo Domingo de la Calzada, donde los ejercitantes fueron 750. Esta práctica de los Ejercicios la repitió luego en Bilbao, donde los hicieron 557; en Vergara, en Plasencia, en Daroca y en otras poblaciones importantes.

El año 1753 fué invitado a dar Ejercicios al clero de Toledo. Es verdad que luego dió una misión magnífica en la misma ciudad; pero observamos que se le llamó principalmente para santificar al clero por medio de los Ejercicios. Dos tandas hubo de ellos, y cada una duró diez días, circunstancia que no habíamos visto en los casos anteriores. A la primera asistieron 340 eclesiásticos, y en la segunda, de que participaron los ordenandos en número de 120, llegaron a reunirse hasta 800 ejercitantes. Dos consecuencias importantes tuvieron estos Ejercicios toledanos, y fueron: que el señor Arzobispo mandó que en adelante hiciesen Ejercicios con los Padres de la Compañía todos los ordenandos, y además se trató seriamente de establecer una casa de Ejercicios en el colegio viejo que teníamos en la ciudad.

Más resonancia tuvieron todavía los Ejercicios dados al clero de Madrid, que empezaron el 23 de Mayo de aquel mismo año. Temiendo que fueran pocos los concurrentes, se había pensado al principio reunir a los ejercitantes en la capilla del Colegio Imperial, donde podían caber unos 160. Empero al acercarse el día señalado, enterados los Nuestros del gran número de pretendientes, cambiaron de plan y convocaron al clero a la iglesia de la Casa Profesa. Allí se juntaron el día 23 de Mayo unos mil y cien ejercitantes, entre los cuales se veían religiosos de varias Ordenes y hasta 180 ordenandos. Presidían a este piadoso y respetable concurso el señor Arzobispo de Farsalia, D. Manuel Quintano Bonifaz, y el señor Obispo de Gerra *in partibus*, D. Juan Manrique de Lara. Asistían, además, el Inquisidor general, Pérez Cuesta, y otras ilustres dignidades eclesiásticas. Dos hermanos novicios hacían la lectura espiritual a tan numerosa asamblea.

El efecto de los Ejercicios fué cual se podía desear. El mismo P. Calatayud nos lo dice con palabras que merecen copiarse.

«La conversión del clero fué grande y notable su mudanza de vida que admiró y edificó a los seglares, y abrieron puerta con lo que ellos decían y promulgaban del gran bien de los Ejercicios, para que los seglares desearan misión. Acabó de mover al vecindario de Madrid el ejemplo dado por los ejercitantes, con más solemnidad que en otras partes, de llevar la comida a los presos de la cárcel de la villa, costeando los gastos la Congregación de Nuestra Señora, existente en la Casa Profesa. Dos mil ejercitantes, incluso los pretendientes de órdenes, caminaban cantando el rosario en ordenada procesión, que siguió por la calle Mayor, dobló la de Carretas y por la Plaza Mayor, dando notable edificación a los seglares. Dirigían la procesión los Padres de la Compañía y los Hermanos Coadjutores de la Casa Profesa llevaban las vasijas. Al fin iban los dos Ilustrísimos y el P. Prepósito, llevando al hombro cada uno su servilleta, pues ellos fueron los que sirvieron la comida a los reos» (1).

Observemos esta piadosa costumbre que vemos introducida en las tandas numerosas de Ejercicios que se daban al clero en las grandes ciudades. Como muestra de religiosa piedad y también de humildad y caridad fraterna, solían visitar los ejercitantes a los presos, sirviéndoles algún regalo corporal y juntamente dándoles consejos de cristiana prudencia que les aprovecharan en el espíritu. También era usado celebrar alguna misa solemne, como se hizo en este caso en el Colegio Imperial, cantando la misa el Sr. Manrique y predicando el P. Calatayud. El día 5 de Junio empezó otra tanda de Ejercicios, en la que hubo un concurso casi tan grande como en la primera.

Continuó el P. Calatayud con la costumbre de dar Ejercicios al clero, y habiéndose divulgado el copiosísimo fruto espiritual, que con ellos se recogía, advertimos en los años siguientes, que los señores Obispos buscaban al gran misionero más bien para dar Ejercicios a los sacerdotes que para predicar misiones al pueblo. De todos modos, en los últimos años de su carrera solía el P. Calatayud juntar ambos ministerios y sus trabajos apostólicos se anunciaban con estos dos nombres: *Misión y Ejercicios*. El año 1754 dió Ejercicios en Segovia a 300 eclesiásticos, a los cuales

(1) Rodeles, p. 335.

presidia y animaba con su ejemplo el mismo Prelado diocesano. Repitióse el mismo trabajo en Cuéllar, donde asistieron 127 sacerdotes, y más adelante en Sepúlveda donde hubo 139 ejercitantes. El año 1755 volviendo a Burgos, donde había iniciado este ministerio diez y seis años antes, reuniéronse para oírle más de 700 sacerdotes. Con parecido resultado dió Ejercicios poco después al clero de Avila, de Arévalo y de Oropesa. El año 1756 hubo dos tandas de Ejercicios en Sevilla, una antes de la misión y otra después. Pasaron de 600 los sacerdotes que hicieron los Ejercicios.

Sería de desear que se hubiera ajustado la estadística de todos los sacerdotes a quienes dió este santo retiro nuestro gran misionero; pero por desgracia falta este requisito en muchos casos. En otros se apunta el número sólo con cierta aproximación que deja en el ánimo alguna duda. Esto no obstante, observando que este saludable ministerio se prolongó por espacio de veintiocho años, desde 1739 hasta 1767 y sumando los números que conservamos de las tandas nutridísimas que se vieron en nuestras grandes ciudades, nos inclinamos a creer, que pocos o tal vez ninguno de la Compañía habrá dado Ejercicios a tanto número de sacerdotes como el P. Calatayud.

6. Terminaremos las noticias de este insigne apóstol, indicando la actividad literaria que desplegó en medio de sus excursiones apostólicas y con la cual completó el efecto saludable que producía su predicación oral. Parece que un hombre que vivió siempre en continuo movimiento por toda España, no debió tener tiempo ni comodidad para redactar escritos considerables y entregar libros a la imprenta. Sin embargo no es así. El P. Calatayud escribió mucho y fuera de los libros que dió a la prensa, redactó notable número de manuscritos sobre muy variadas materias. La bibliografía completa de sus obras impresas e inéditas, nos las da el P. Rodeles al fin de la extensa biografía que escribió de este célebre misionero (1). Apuntaremos aquí las principales, indicando brevemente el carácter literario de ellas.

Algunas son breves tratados catequísticos o morales, publicados en forma de volúmenes pequeños, con el propósito de instruir a los fieles en general o a determinadas personas en particular sobre puntos importantes de la moral católica. Tales son el «*Catecismo práctico* y muy útil, para la instrucción y enseñanza fácil

(1) Véase desde la página 528 en adelante.

de los fieles y para el uso y alivio de los señores Párrocos y Sacerdotes.» Impreso por primera vez en 1747 logró por lo menos nueve ediciones en vida del autor. El «*Compendio doctrinal*, muy útil para explicar y saber la doctrina cristiana. «Esta obrita del P. Pinamonti fué traducido del italiano arreglada y aumentada por el P. Calatayud. El «*Modo práctico y fácil de hacer una confesión general, ora de consejo, ora de obligación*». Esta obrita se dirigía, como se dice en la portada, «así para el alivio de los confesores en expedir las confesiones generales, como de los penitentes en examinarse y hacerla.

De más fuste que las obras anteriores son las *Doctrinas prácticas* que suele explicar en sus misiones el P. Pedro de Calatayud. Esta es, sin duda, la obra más importante de nuestro misionero. Son tres tomos en folio que salieron en tiempos diferentes, el primero en 1737, el segundo en 1739. El tercero no vió la luz hasta 1754. Otra edición se hizo en 1797, en ocho tomos en 4.º La obra es una teología moral en lengua vulgar, no con la precisión técnica de los libros de texto y con la plenitud científica que exigen los tratados doctrinales, sino con la libertad de exposición que muestran las obras parenéticas. El P. Calatayud expone en lenguaje sencillo los casos de moral que suelen ofrecerse en las misiones, insiste sobre todo en las obligaciones morales que suele olvidar o descuidar el pueblo, y a guisa de predicador popular confirma de vez en cuando sus dichos con ejemplos y anécdotas tomadas de florilegios, que los lectores de nuestros días reciben siempre con prevención. Cuando llega el caso de explicar ciertos puntos delicados tocantes al sexto mandamiento, el autor escribe en latín. No hay que buscar bellezas literarias en esta obra. El P. Calatayud no tiene estilo. Escribe en un lenguaje llano, de vez en cuando incorrecto, sin primores de dicción, pero también sin ninguno de los falsos adornos que entonces adoptaba el gerundianismo.

Algo más atractivo tiene la obra siguiente: *Misiones y Sermones* del P. Pedro Calatayud. Dos tomos en 4.º, publicados en Madrid el año 1754. Otras dos ediciones se hicieron en Madrid antes de terminar el siglo XVIII, y en la última, de 1796, se añadió un tomo tercero, que contenía otros opúsculos del autor. El objeto de esta obra nos lo explica el mismo Calatayud por estas palabras en la dedicatoria: «En el primer tomo describo el método y conducta de mis misiones, el llamamiento y vocación para este ministerio,

el talento, genio, estudio y virtudes que se necesitan, los trabajos, calumnias y persecuciones que padecen los misioneros, y varias providencias y ejercicios en que dejar estable porción del fruto que se coge en las misiones. En el segundo van los sermones, aunque no todos, que suelo hacer en los pueblos, según las clases y diversidad de los auditorios: aquél para el fin de que los ministros evangélicos y fieles operarios en la viña del Señor elijan y tomen para doctrinar y predicar saludable y prácticamente aquello que hallaren más conforme y acomodado al genio, talento, indicación y espíritu de cada uno; el otro para pasto común de la grey de Cristo.» En el primero de estos volúmenes se ve descrito minuciosamente el método que observaba el autor en sus misiones, y de allí está sacado cuanto dijimos al principio sobre sus procedimientos en general.

El segundo nos muestra las obras oratorias del P. Calatayud. Estas no son piezas elocuentes de primer orden; pero tampoco merecen el absoluto olvido en que actualmente yacen. Son sermones sobre las verdades eternas, escritos en estilo sencillo, sin ninguno de los defectos que entonces afeaban a nuestra elocuencia sagrada y la convertían en una ridiculez literaria, cual no se ha visto en ninguna literatura. El P. Calatayud va derecho al fondo, inculca enérgicamente las verdades de la fe, y de vez en cuando se vale de un artificio que no hemos visto recomendado en ninguna preceptiva literaria. Tal es el condensar en una cuarteta la verdad de la fe, cuyo recuerdo quiere dejar grabado en el corazón de los oyentes. Su elocuencia es de brocha gorda, buena para el pueblo sencillo, pero no tan acomodada al gusto más delicado de la gente culta. En sus sermones habla con esa noble franqueza tan propia del carácter navarro, la cual, si en nuestros días pudiera ofender la delicadeza meticulosa de ciertos oídos, en el siglo XVIII arrebató las grandes masas de los auditorios españoles.

No creemos necesario detenernos a explicar otras obras del P. Calatayud, aunque de algunas habremos de hacer mención más adelante. Véalas el curioso lector en la cumplida biografía, ya citada, del P. Rodeles. Ahora detengámonos un momento, y abarcando en conjunto la inmensa labor misional de este hombre extraordinario, procuremos formar un juicio general sobre su mérito. Tres hombres veo en la antigua Compañía, entre la multitud innumerable de nuestros misioneros, que pudieran disputar

la palma al P. Calatayud. Estos son el P. Juan Ramírez, en el siglo XVI; el P. Jerónimo López, en la primera mitad, y el Padre Tirso González, en la segunda del siglo XVII. Sin embargo, pesadas todas las circunstancias, nos parece, *salvo meliori iudicio*, que ninguno de los tres puede ponerse delante del P. Calatayud.

El P. Juan Ramírez obtuvo un éxito felicísimo en las principales ciudades de España, y venció a los otros tres en haber despertado muchísimas vocaciones a la Compañía y a otras Órdenes religiosas, pero su apostolado duró poco más de veinte años, pues aunque vivió treinta y uno en la religión, apenas pudo dar misiones en los diez últimos años de su vida, por el mal estado de su salud. El apostolado del P. Jerónimo López fué más largo, puesto que duró desde el verano de 1618 hasta Enero de 1658, casi cuarenta años; pero el territorio en que ejerció su celo fué más restringido que el del P. Calatayud. Trabajó principalmente en Cataluña, Aragón y Valencia, y en sus últimos años se extendió a Navarra, Salamanca, Madrid y las regiones de Murcia. La acción del P. Tirso González fué más breve, pues se redujo a once años, aunque en los once siguientes interrumpió sus tareas escolásticas con algunas misiones fervorosas, pero en cambio fué tal vez más intensa que en ninguno, y desarrollada principalmente en las grandes ciudades. No hay duda que las misiones dadas en Sevilla y en Madrid por el P. Tirso superaron a las que dió en las mismas ciudades el P. Calatayud.

En cambio este vence a sus tres competidores, lo primero en la duración de su ministerio, puesto que misionó cuarenta y nueve años seguidos, desde 1718 hasta 1767, aunque los diez primeros años, sus misiones se reducían a los meses de verano y al tiempo de cuarema, porque las ocupaciones de la enseñanza le entretenían lo restante del tiempo. Les vence también en la extensión del territorio. El P. Tirso nunca predicó en Aragón, Cataluña y Valencia. El P. López no anduvo por Asturias ni Galicia ni Andalucía. El P. Calatayud evangelizó en todas las regiones de España, excepto Cataluña, y en algunas dos veces, como en Asturias y Andalucía. Además se extendió a Portugal, cosa no vista en otros misioneros españoles y por dos veces dió felices misiones en todo el Norte del vecino reino, entre el Duero y la frontera. Le distingue también de los otros el ministerio utilísimo de los Ejercicios al clero. Indudablemente los PP. Ramírez y López habían predicado conferencias especiales al clero,

habían dado algunas veces Ejercicios, pero ni remotamente alcanzaron el pasmoso resultado del P. Calatayud. Recuérdense los seiscientos sacerdotes de Braga, los setecientos de Burgos, los mil y ciento de Madrid y las otras tandas nutridísimas que durante veintiocho años se fueron ejercitando bajo la dirección del gran misionero navarro. Pues si a esto añadimos la actividad literaria, en la cual superó también a sus tres predecesores, pues la actividad literaria del P. Tirso fué como maestro de teología, en obras destinadas a las cátedras, no como misionero en obras enderezadas a la predicación y propaganda popular, venimos a deducir en último resultado, que el mayor misionero de la antigua Compañía dentro de España fué el P. Pedro Calatayud.